



# EL HIJO DEL TIGRE BLANCO

Carlos Salem



edebé



# EL HIJO DEL TIGRE BLANCO



# EL HIJO DEL TIGRE BLANCO

CARLOS SALEM

**edebé**

© Carlos Salem, 2013

© Edición: EDEBÉ, 2013

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

*Diseño:* Els Altres

*Pictogramas de cubierta:* Shutterstock

ISBN 974-84-683-0870-8

Depósito Legal: B. 3684-2013

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mis hijos África y Nahuel.  
Para Vega, que leerá este libro  
dentro de un tiempo.  
Y para Isabel, mi madre, que  
me enseñó que los libros  
son la mayor aventura posible.*



No me gusta el novio de mamá.

En realidad, sí me gusta. Pero no quiero que me guste.

Esto de hacerse adulto es más complicado de lo que pensaba.

Hasta que cumplí los trece años, mi vida era muy sencilla: vivo solo con mamá desde los tres y se porta bastante bien, si tienes paciencia y sabes llevarla. Por lo demás, me ocupaba de ir al colegio, jugar con Hui Ying y con David, estudiar y espantar a los novios que cada tanto le salían a mamá. Es bastante guapa, aunque sea TAN mayor (jeste verano cumplirá los treinta y nueve!), y siempre la rondaban novios horribles.

Hasta que conoció a Iván.

Él me pareció diferente: no me miraba como un estorbo al que había que soportar, ni intentaba congraciarse conmigo. Y me enseñó a jugar a los bolos. Formamos una pareja imbatible a los bolos. Además, hace reír a mamá. Y hacía mucho tiempo que no la veía reír así. Ella dice que Iván es «como un niño grande» (no me lo dice a mí, sino cuando habla con alguna amiga por teléfono), y creo que por eso le gusta. Se conocieron hace un tiempo, en la tienda de mamá, y desde

entonces ella me regaña menos cuando hago alguna travesura.

Iván también hace travesuras.

Hace poco me pidió ayuda para llenar de flores el dormitorio de mamá mientras ella estaba en la tienda. Dijo que se cumplían seis meses desde que se conocieron y era una forma de celebrarlo. Le pregunté por qué celebraban medio año en lugar de esperar al año entero, y él me contestó que los adultos, cuando se enamoran, hacen muchas tonterías.

Colocó cientos y cientos de rosas rojas sobre la cama, la alfombra, las mesas de noche, la cómoda... No se veía nada que no fueran flores rojas y tallos verdes. Tardó bastante y yo vigilaba desde el salón, porque algunos sábados por la mañana mamá vuelve antes de la tienda, o se escapa y deja en ella a tía Nube, y aprovecha para hacer la compra y la trae a casa. Ahora pienso que tal vez lo de las rosas fue una excusa de Iván para revisar el cuarto de mamá.

Aunque parecía tan contento mientras preparaba «la sorpresa»...

Y la sorpresa fue nuestra, porque ni Iván sabía ni yo recordé que mamá es alérgica a las rosas.

En cuanto entró en casa comenzó a estornudar y no paró hasta que nos fuimos los tres en el coche de Iván. Eso sí: a ella le gustó tanto el regalo que ese fin de semana lo pasé en casa de tía Nube y ellos en un hotel de la costa. Mi tía se ocupó de quitar todas las flores y ventilar la

## EL HIJO DEL TIGRE BLANCO

casa, y todo el tiempo repetía que por qué no encontraba ella a un hombre así.

Claro que tal vez Iván sí sabía lo de la alergia de mamá, y se inventó lo de la sorpresa para que la casa quedara vacía y alguien pudiera registrarla sin levantar sospechas.

Lo dicho: hasta que cumplí los trece, mi vida era muy fácil.

Ahora tengo trece años y treinta días, y estoy en un cuarto húmedo y desconocido, atado a una silla vieja y con los ojos vendados.

Sé que no es algo que les pase a todos los chicos de mi edad.

Pero todos los chicos de mi edad no son el hijo del Tigre Blanco.

Yo sí.







Podría decir que todo empezó hace un mes.

Aunque en realidad creo que empezó mucho antes de que yo naciera.

En todo caso, mi vida cambió el día que cumplí los trece.

Me extrañó que mamá me propusiera faltar al colegio y salir a almorzar juntos. Lo hacemos al menos una vez al mes, lo de salir juntos, pero por lo general en fin de semana, o cuando Iván está fuera de la ciudad por trabajo. Iván viaja mucho. Además, a mamá no le gusta dejar la tienda sola, porque dice que tía Nube es maravillosa, «pero siempre tiene la cabeza en otra parte», y como lo que ella vende y compra son antigüedades, cualquier descuido puede hacer que se pierda un buen negocio. Además, ese mismo día, por la tarde, habíamos quedado con Iván para ir los tres a jugar a los bolos y luego a cenar para celebrar mi cumpleaños.

La invitación de mamá era muy rara.

Tal vez por eso dije que sí: siempre me fascinaron los misterios.

Y vaya si había un misterio.

Después del postre, mamá empezó a dar vueltas y más vueltas, como si no se decidiera a contarme algo.

Y temí lo peor.

Pensé que me anunciaría que iba a casarse con Iván, o que él vendría a vivir con nosotros. Y en ese tiempo no me parecía mala idea, pero prefería que no se precipitaran. Los adultos, a veces, son muy impulsivos.

Pero no era eso.

—Ya casi eres un hombre, Nahuel —dijo mamá por fin, y temí que me cayera una bronca por algo que no recordaba haber hecho—, y es hora de que conozcas la verdad.

Odio cuando hacen eso.

Para casi todo, eres un crío; pero para lo que les interesa, tienes que ser un adulto.

Pero estaba tan intrigado que no protesté y ella siguió, eligiendo las palabras con cuidado:

—Tarde o temprano, te enterarás de cosas, o alguien te dirá algo. Y hay gente a la que le gusta hablar por hablar, sin pensar en el daño que puede hacer. Quiero que sepas que, te digan lo que te digan, tu padre fue un buen hombre.

Me quedé sin aliento.

Hacía mucho tiempo que en casa no se mencionaba a mi padre. Se divorciaron cuando yo tenía tres años, y cuando había cumplido los siete, mamá me contó que había muerto en un accidente de aviación. Nada más. Comprendí que el tema le hacía daño y me guardé mis preguntas. De todos modos, no recordaba mucho de él, porque viajaba con frecuencia, por motivos de trabajo. Como Iván, ahora que lo pienso.

—Tu padre era... Tenía un trabajo muy es-

pecial y aunque él quería dejarlo para vivir una vida tranquila con nosotros, no podía hacerlo —siguió mamá—. Era muy bueno en lo suyo, el mejor del mundo, probablemente, y creía en lo que hacía. Por eso siempre que planeaba un trabajo, aseguraba que era el último. Pero luego había otro más. Y otro. Por eso nos divorciamos, ¿comprendes?

No comprendía nada pero ella NECESITABA creer que sí, de modo que asentí con la cabeza.

—El caso es que cuando ocurrió lo del accidente, algunos pensaron que estaba relacionado con su trabajo, y otros lo culparon de cosas horribles, aunque no de un modo oficial. Pero eso no es cierto, Nahuel. Yo lo conocía mejor que nadie y sé que no es cierto, ¿comprendes?

—Sí. Pero ¿en qué trabajaba papá?

Ella titubeó y volvió a buscar con cuidado las palabras:

—Él se encargaba de recuperar, o de... conseguir objetos valiosos que unas personas poderosas habían quitado a otras personas más pobres. Supongo que se sentía como un Robin Hood moderno, o algo así. Pero era mucho más que eso, Nahuel. Tu padre tenía un código ético muy estricto y sólo aceptaba encargos que creía justos, por peligrosos que fueran.

—¿Papá era abogado o algo así?

—¡No! Ya te he dicho que, a su modo, era un hombre honrado...

—¿Entonces, qué hacía?

—No es fácil de explicar, hijo...

—¿Era agente secreto? —pregunté emocionado.

—No exactamente, aunque su trabajo tenía que ser secreto y se parecía en mucho al de un espía.

—¿Detective privado?

—Tampoco.

—¡Superhéroe! Seguro que era un superhéroe. ¡Por eso tenía que viajar tanto y era tan misterioso! ¡Lo sabía, sabía que mi padre tenía que ser IMPORTANTE, seguro que salvó el mundo varias veces y yo sin enterarme! ¿Qué clase de superhéroe era, mamá?, ¿tipo Spiderman o más del estilo de Batman?

—Nahuel...

—¿Crees que cuando me haga mayor heredaré sus poderes? Espero que no fuera como Hulk, porque no ganaré para comprarme camisas...

—Nahuel...

—¡Igual venía de otro planeta, como Superman! ¿A qué edad empezaré a volar, mamá?

—¡NAHUEL!

—¿Qué?

—Tu padre era ladrón de joyas y objetos de arte. No tenía poderes.

Lo dijo con tristeza, como si temiera decepcionarme, y le seguí la corriente.

Un superhéroe hubiera estado mejor.

Pero ser el hijo de un ladrón internacional de guante blanco, que además era un justiciero, me pareció muy excitante.

Y eso que aún no conocía la leyenda del Tigre Blanco.